

Éste es un libro apasionado, escrito en medio de los combates por la libertad que llevaron a su autor, el extremeño Bartolomé José Gallardo, al Cádiz de las Cortes, y le movieron a publicarlo como una contribución más a la doble pugna contra los invasores franceses y contra una sociedad retrógrada que había conducido a España a aquella crisis. Es, también, un libro maldito, perseguido con ensañamiento por los reaccionarios desde 1812 hasta nuestros días.¹ Con éxito —hay que reconocerlo—, ya que han logrado que desapareciese del mercado y que fuese desconocido por la inmensa mayoría de los lectores actuales, reducidos a la imagen deformada que nos han dado sus enemigos, y a las calumnias que se han vertido sobre su desdichado autor.

Nació como respuesta a un *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, publicado en Cádiz en 1811 por políticos reaccionarios que pretendían denunciar como extranjero, y en especial como afrancesado, todo lo que oliera a liberalismo. El argumento tenía mala intención en momentos en que se estaba peleando contra los franceses; pero no era más que un ardid. Que el problema no era de patriotismo lo demostrarían estos mismos hombres doce años más tarde, en 1823, cuando llamaron en su auxilio a las tropas francesas, a los «cien mil hijos de san Luis», para que les librasen de aquellos mismos liberales supuestamente afrancesados.

Aunque se pretendiera «razonado», el *Diccionario* contenía escasas razones y muchos prejuicios. En nombre de la religión predicaba el oscurantismo. La ciencia le resultaba sospechosa; consideraba los periódicos pestilentes, y a los liberales, agentes del enemigo. Lo único que encontraba bien era lo rancio: monarquía absoluta, sociedad rigurosamente compartimentada en

1. Aunque su primera edición lleve pie de imprenta de 1811, no se puso a la venta hasta bien entrado 1812.

que a los nobles se les considerase como a una raza superior a la de los plebeyos, una cultura estrechamente vigilada por la Inquisición...

Bartolomé José Gallardo, que se distinguía tanto por su erudición como por su mordacidad en la polémica, y que era a la sazón bibliotecario de las Cortes, decidió contestar a este panfleto. Lo hizo por iniciativa propia, aunque pidió colaboración para algunos artículos de tema religioso —«herege», «obispos» y «papa»—, que tal vez sean obra del canónigo Martín González de Navas,² y desafió con su réplica, el *Diccionario crítico-burlesco*, las iras de los «serviles», que lo atacaron antes incluso de que el libro apareciera a la luz pública, gracias a haber sobornado a un cajista de la imprenta que les proporcionó los pliegos a medida que se componían. El vicario general capitular de Cádiz denunció inmediatamente la obra como peligrosamente inmoral e irreligiosa y consiguió que las Cortes ordenasen recoger todos sus ejemplares y encerrasen al autor en la cárcel.

El furor contra el *Diccionario* pasó los límites de lo razonable. Lo atacaron sañudamente el padre Alvarado —el llamado «filósofo rancio», que era más rancio que filósofo— en sus *Cartas*, y el padre Vélez en su *Preservativo contra la irreligión*, un risible engendro teológico-político donde se sostiene que todos los hombres tienen apego a su patria, menos los filósofos: «su patria es todo el mundo, sus compatriotas todos los hombres, hasta los Otentotes [*sic!*] y Cafres».³ Ocho obispos refugiados en Mallorca lo fulminaron en una pastoral colectiva que le estaba enteramente dedicada.

El encono de sus enemigos le perseguiría hasta nuestros

2. Tomo esta y otras muchas informaciones del que es, hoy por hoy, el mejor estudio sobre la obra de Gallardo: la tesis doctoral inédita de Alejandro Pérez Vidal, *La sátira en la obra de Bartolomé José Gallardo*, leída en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1989. El propio investigador anunciaba la publicación de una edición crítica del *Diccionario*, que, por desgracia, no ha aparecido todavía.

3. R. Vélez, *Preservativo contra la irreligión...*, Valencia, Brusola, 1813, p. 6. Menciona también el *Diccionario* el padre Vinuesa en su adición «Preservativo contra el espíritu público».

días. No es éste el lugar para hacer la reseña de los insultos y descalificaciones, además de alguna que otra calumnia, que han llovido sobre Gallardo y su libro. Para muestra bastará con mencionar la forma en que Marcelino Menéndez Pelayo se despatchó en su lamentable *Historia de los heterodoxos españoles* —«Jamás libro alguno salió a la luz bajo tan maléfica estrella», escribió con toda razón de él José F. Montesinos—,⁴ donde lo califica de «impío y atrocísimo libelo», escrito para «el vulgacho liberal [...], embobado con sus groserías y trasnochadas simplezas». Gallardo, «ignaro de toda ciencia seria [...], fue recogiendo trapos y deshechos [*sic*] de ínfimo y callejero volterianismo [...], salpimentándolos con razonable rociada de desvergüenzas», con lo que consiguió un libro «pobre y menguado de doctrina, rastrero en la intención, nada original en los pocos chistes que tiene buenos», etc.⁵

Quien lea estas palabras de don Marcelino creará tal vez que se trata de un libro irreligioso —un «alarde de grotesca impiedad», para decirlo en sus mismos términos— y no simplemente de una obra anticlerical —en el sentido de opuesta a las formas que el clericalismo adoptaba en la España de su tiempo—, que refleja el enfrentamiento de dos actitudes distintas ante el papel de la Iglesia en la sociedad. Cuando se escribió esta obra, y hasta el descalabro final de 1823, eran muchos los católicos españoles, incluyendo un amplio sector del clero, y precisamente el más culto e ilustrado, que creían que la Iglesia era compatible con una sociedad moderna que aceptase las mínimas libertades democráticas. Quienes así pensaban acabaron perdiendo la partida y sus voces fueron silenciadas, como si lo que se hubiese estado debatiendo fuesen cuestiones de dogma y no, simplemente, opciones políticas.

4. José F. Montesinos, prólogo a «*El Censor*» (1781-1787). *Antología*, edición de Elsa García Pandavenes, Barcelona, Labor, 1972, p. 11. Afirmación hartó subversiva en la España del franquismo, que había nacido a inspiración de ideas políticas y sociales semejantes a las de don Marcelino, de las que estamos muy lejos de habernos desembarazado.

5. Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, libro VII, capítulo II (cito por la edición de *Obras completas* del C.S.I.C., VI, p. 52).

Así sucedió con Gallardo. Por más que su erudición bibliográfica y literaria fuese respetada y aunque se le reconociese que era un escritor satírico de «primera fuerza», el *Diccionario* fue relegado al olvido, como si todavía siguiera siendo hoy condenable que se hubiese atrevido a oponerse a la Inquisición. Cuando en 1928 el pío don Pedro Sainz Rodríguez, futuro ministro del general Franco, inició la colección «Los Clásicos Olvidados» con dos volúmenes de *Obras escogidas* de Bartolomé José Gallardo, dejó el *Diccionario* al margen de la selección, con la excusa de que abundaban «los ejemplares en el mercado»,⁶ lo que estaba lejos de ser cierto.

A tal extremo de efectividad ha llegado la persecución contra este libro que hace ahora ciento cincuenta años que no se ha publicado ninguna nueva edición de él, ni siquiera para satisfacer la lógica curiosidad que debería sentirse hacia una de las obras más malditas de la literatura española, siendo así que no han faltado entre tanto las reediciones de los «clásicos» más insulsos y trasnochados de entre los que vieron la luz en ese «siglo de hojalata» de la literatura española que es el XIX.

Nos ha parecido, por ello, que era intolerable que pasase este ciento cincuenta aniversario de la última edición del *Diccionario* sin volverlo a poner en manos de los lectores con el facsímil de una de sus buenas ediciones. Evidentemente, este libro requiere y merece una edición crítica; pero, entre tanto, conviene romper la conspiración de ciento cincuenta años de silencio de que ha sido víctima. Después de leerlo se lo podrá aceptar o condenar. Pero, para que una u otra actitud sean válidas, deben fundarse en un conocimiento directo del texto, no en la dudosa autoridad de filósofos rancios y autores de «preservativos» o en el empecinamiento cerril de don Marcelino.

JOSEP FONTANA
Noviembre de 1993

6. Introducción al tomo I, Madrid, 1928, p. IX.